

LA POLITICA DE LA ESTUPIDEZ

Jordi Solé Tura

A mediados del mes de octubre el presidente del Grupo Parlamentario del P.P., Luis de Grandes, lanzó un sibilino mensaje para anunciar que la justicia alcanzaría muy pronto a Felipe González. Después vinieron los esperpénticos videos contra el PSOE y las declaraciones desaforadas del portavoz del P.P., Rafael Hernando, auténtico campeón mundial en la modalidad de insultos por minuto. El P.P. había empezado, pues, la campaña de las elecciones generales y calentaba motores sin poner todavía a tope sus calderas.

De golpe, Televisión Española, la COPE y otros buques insignias de la batalla contra el enemigo socialista sacan a Alberto Flores, uno de los condenados por el caso Filesa, lo pasean ampliamente por las pantallas y las emisoras para que vaya lanzando tremebundas acusaciones sin pruebas contra Felipe González y los principales ministros del gobierno socialista por lo de Filesa y el AVE. Esto es lo que anunciaba Luis de Grandes y ésta va a ser, pues, la línea principal de una campaña desaforada contra los principales exponentes del PSOE. Una campaña a la que se van a sumar sin duda, por cuenta propia o ajena, diversos personajes, y a lo largo de la cual van a saltar a la palestra otros, incluyendo a algún juez dispuesto a mantener su protagonismo por encima de todo. Está claro, pues, que vamos a tener una campaña electoral dura y desagradable, muy alejada de las inquietudes personales y colectivas de la gran mayoría de los ciudadanos.

La causa de todo esto es la inseguridad de un P.P. que desde que ganó, por los pelos, las elecciones generales de 1996 no ha hecho más que retroceder en todas las elecciones posteriores, autonómicas, europeas o municipales y no vé en el horizonte ninguna perspectiva de mejora, a pesar de que ha disfrutado durante estos cuatro años de gobierno de las ventajas de una situación económica próspera en toda Europa y que en España el último gobierno socialista, con el ministro Pedro Solbes al frente de la economía, ya había encarrilado adecuadamente.

Se acercan, pues, las elecciones generales y el P.P. no sólo no gana terreno sino que cada día le estalla un nuevo episodio de corrupción en sus propias filas y saltan escándalos de enormes dimensiones entre sus acompañantes financieros y empresariales, ávidos de beneficios astronómicos, como los dirigentes de Telefónica y otros que se alzaron hasta sus posiciones de dominio gracias, precisamente, al gobierno del P.P.

No están claros, pues, sus horizontes ni menos todavía sus posibles alianzas políticas. El P.P. ha aglutinado, ciertamente, el centro derecha, pero no se ve que este terreno político pueda ampliarse ni que surjan aliados nuevos, aparte de las alianzas circunstanciales con unos partidos nacionalistas que, a la vez, son sus enemigos directos, con el consiguiente desconcierto de sus respectivos electores. Ante esta perspectiva, lo único que se le ocurre al P.P. es, por tanto, intentar reproducir en los meses que quedan hasta las elecciones generales el mismo clima de escándalo, de tensión, de acusaciones violentas y de ataques

personales que se creó en 1996, cuando el P.S.O.E. estaba a la defensiva, bajo los efectos tremendos de casos como el de Roldán y otros . En aquel envite, la campaña de tensión y de escándalo le salió bien al P.P. y ganó las elecciones, aunque por menos margen del que esperaba. Y ahora, desconcertado ante sus caídas electorales sucesivas, no encuentra más terreno de maniobra que la reproducción del de cuatro años antes, o sea, otra vez las descalificaciones, los insultos, las acusaciones y, a ser posible, el procesamiento y hasta el encarcelamiento de sus rivales socialistas, sobre todo los que ya lo fueron entonces y que, al revés que el P.P., han mantenido su prestigio personal sin retrocesos, como el propio Felipe González. Nada demuestra mejor su inquietud y su exasperación que el hecho de que a Felipe González le ataquen con tanta saña cuando no va a ser ni siquiera el rival directo de José M. Aznar. Y en cuanto a sus temores sobre Joaquín Almunia, no hay más que ver los infames vídeos que se han inventado para destruirlo.

Naturalmente, ellos sabrán lo que se hacen y no pretendo darles consejos. Simplemente quiero expresar mi profunda inquietud ante la perspectiva de una campaña electoral basada en el insulto y la descalificación , en el ataque personal y en la destrucción del adversario, convertido en enemigo implacable. Esto es lo peor que nos puede pasar, cuando los electores saben que se acercan momentos de cambio en todos los terrenos y no tienen claro cómo les van a afectar en sus vidas personales y cotidianas y quieren respuestas sinceras y realistas y no intercambios de insultos, ni corrupciones ni batallas a muerte entre enemigos.

Espero y deseo que la dirección socialista no entrará en este terreno siniestro sino que se dirigirá al electorado con propuestas de futuro claras, asequibles y realistas. Y espero y deseo también que los dirigentes del P.P. se percaten de que se están metiendo en un auténtico pantano , recuperen la sensatez y abandonen esta terrible senda en la que pretenden meternos a todos. Sé que esto puede parecer una ingenua felicitación de Navidad, pero quizá ha llegado el momento de intentar sumar todas las ingenuidades para terminar con todas las estupideces que nos anuncian.

21.11.99

JORDI SOLÉ TURA

Per Xavier Campreciós
EL PERIÒDICO.
Opinió

Xavier,
T'envio l'article que
et vaig anunciar. La vers pre
està molt aminorat.
Una abraçada

Jby A



EL ARTÍCULO DEL DÍA

Jordi Solé Tura

La política de la estupidez

Los electores quieren respuestas sinceras y realistas y no una campaña basada en intercambios de insultos ni en batallas a muerte entre enemigos. Y el PP, de momento, parece que no lo entiende así

A mediados del mes de octubre el presidente del grupo parlamentario del PP, **Luis de Grandes**, lanzó un sibilino mensaje para anunciar que la justicia alcanzaría muy pronto a **Felipe González**. Después vinieron los espérficos vídeos contra el PSOE y las declaraciones desaforadas del portavoz del PP, **Rafael Hernández**, auténtico campeón mundial en la modalidad de insultos por minuto. El PP había empezado, pues, la campaña de las elecciones generales y calentaba motores sin poner todavía a tope sus calderas.

De golpe, Televisión Española, la COPE y otros buques insignias de la batalla contra el enemigo socialista sacan a **Alberto Flores**, uno de los condenados por el caso *Filesa*, lo pasean ampliamente por las pantallas y las emisoras para que vaya lanzando tremebundas acusaciones sin pruebas contra **Felipe González** y los principales ministros del gobierno socialista por lo de *Filesa* y el AVE. Esto es lo que anunciaba **Luis de Grandes** y ésta va a ser, pues, la línea principal de una campaña desaforada contra los principales exponentes del PSOE.

Una campaña a la que se van a sumar o se han sumado ya, por cuenta propia o ajena, diversos personajes, entre ellos el juez **Garzón**, que se cree blindado ante la opinión por su actuación contra **Pinochet** y reactiva su venganza personal contra un **Felipe González** que no le hizo ministro como él quería y esperaba. Está claro, pues, que vamos a tener una campaña electoral dura y desagradable, muy alejada de las inquietudes personales y colectivas de la mayoría de los ciudadanos.

La causa de todo esto es la inseguridad de un PP que desde que ganó, por los pelos, las elecciones generales de 1996 no ha hecho más que retroceder en todas las elecciones posteriores, autonómicas, europeas o municipales, y no ve en el horizonte ninguna perspectiva de mejora, a pesar de que ha disfrutado durante estos cuatro años de gobierno de las ventajas de una situación económica próspera en toda Europa, y que en España el último Gobierno socialista, con el ministro **Pedro Solbes** al frente de la economía, ya había encarrilado adecuadamente.

Se acercan, pues, las elecciones generales y el PP no sólo no gana terreno sino que cada día le estalla un nuevo episodio

de corrupción en sus propias filas y saltan escándalos de enormes dimensiones entre sus acompañantes financieros y empresariales, ávidos de beneficios astronómicos, como los dirigentes de Telefónica y otros que se alzaron hasta sus posiciones de dominio gracias, precisamente, al Gobierno del PP.

No están claros, pues, sus horizontes ni menos todavía sus posibles alianzas políticas. El PP ha aglutinado, ciertamente, el centroderecha, pero no se ve que este terreno político pueda ampliarse ni que surjan aliados nuevos, aparte de las alianzas circunstanciales con unos partidos nacionalistas que, a la vez, son sus enemigos directos, con el consiguiente desconcierto de sus respectivos electores. Ante esta perspectiva, lo único que se le ocurre al PP es, por tanto, intentar reproducir en los meses que quedan hasta las elecciones generales el mismo clima de

escándalo, de tensión, de acusaciones violentas y de ataques personales que se creó en 1996, cuando el PSOE estaba a la defensiva, bajo los efectos tremendos de casos como el de **Roldán** y otros.

En aquel envite, la campaña de tensión y de escándalo le salió bien al PP y ganó las elecciones, aunque por menos margen del que esperaba. Y ahora, desconcertado ante sus caídas electorales sucesivas, no encuentra más terreno de maniobra que la reproducción del de cuatro años antes, o sea, otra vez las descalificaciones, los insultos, las acusaciones y, a ser posible, el procesamiento y hasta el encarcelamiento de sus rivales socialistas, sobre todo los que ya lo fueron entonces y que, al revés que el PP, han mantenido su prestigio personal sin retrocesos, como el propio **Felipe González**. Nada demuestra mejor su inquietud y su exasperación que el hecho de que a

Felipe González le ataquen con tanta saña cuando no va a ser ni siquiera el rival directo de **José María Aznar**. Y en cuanto a sus temores sobre **Joaquín Almunia**, no hay más que ver los infames vídeos que se han inventado para destruirlo.

Naturalmente, ellos sabrán lo que se hacen y no pretendo darles consejos. Sólo quiero expresar mi profunda inquietud ante la perspectiva de una campaña electoral basada en el insulto y la descalificación, en el ataque personal y la destrucción del adversario, convertido en enemigo implacable. Esto es lo peor que nos puede pasar, cuando los electores saben que se acercan momentos de cambio en todos los terrenos y no tienen claro cómo les afectarán en sus vidas personales y cotidianas y quieren respuestas sinceras y realistas y no intercambios de insultos, ni corrupciones ni batallas a muerte entre enemigos.

Espero y deseo que la dirección socialista no entrará en este terreno siniestro, sino que se dirigirá al electorado con propuestas de futuro claras, asequibles y realistas. Y espero y deseo también que los dirigentes del PP se percaten de que se están metiendo en un auténtico pantano, recuperen la sensatez y abandonen esta terrible senda en la que pretenden meternos a todos. Sé que puede parecer una ingenua felicitación de Navidad, pero quizá ha llegado el momento de intentar sumar todas las ingenuidades para terminar con todas las estupideces que nos anuncian.

